

transigencia, y echar por la ventana todo un pasado de glorias y de honor? Pero se ha equivocado D. Carlos, si con su política de ancha base cree conseguir el trono. A nadie, á no ser á los suyos, inspira ya confianza, y el carlismo ha venido á ser un cadáver que se pretende galvanizar con bailes y sarásos!

Peregrina es la idea de la union entre tradicionalistas y carlistas. «Soy carlista,» hemos oído decir más de una vez á varios bonachones, «soy carlista, puesto que hemos »de unirnos de nuevo cuando la revolucion »se desborde.» ¡Infelices! ¡Están soñando despiertos! «La revolucion no teme á los curas», dijo el Sr. Llauder. Y decimos nosotros: «La revolucion no teme al carlismo, que no cuenta con curas ni siquiera con soldados». Si permite Dios que la revolucion se desborde en nuestra desventurada España, encontrará, sí, al partido carlista organizado con jefes y oficiales que no lograrán inflamar el corazon de un solo español. La Religion católica aviva el entusiasmo, la voz del sacerdote católico es un acicate poderoso en el ánimo del soldado. El verdadero soldado español muere voluntariamente por su Dios, por su fe, y por su patria; jamás por defender solamente la ambicion de un hombre.

Y, si los deseos de los modernos carlistas son que triunfe D. Carlos, y si el Sr. Duque de Madrid lo único que desea y quiere es que triunfe su causa, aunque sea sin los principios, ¿qué pueden esperar la Religion y la patria? ¿qué puede la Iglesia esperar de un partido cuyos órganos en la prensa han resultado soezmente al insigne Dr. Sardá, al clero en masa, que aborrece todo liberalismo, incluso el carlista? ¿qué puede esperar del partido carlista la madre patria, si el gobierno de D. Carlos ha de ser una Constitucion más, si su preciada Unidad Católica ha de ser *sin espionaje religioso*, esto es, de nombre?

Miseros mortales, no comprendíamos nosotros cómo pudo tener un fin tan desgraciado una guerra de Religion como fué la última. Mas la divina Providencia, que ve hasta los más recónditos secretos del corazon humano, comprendió la gran calamidad que hubiera sido para España el triunfo de una causa que no era lo que debía ser, liberal en el fondo, aunque vestida con el ropaje místico de intransigencia; comprendió la trascendencia de ciertos bailes dados en plena guerra; vió todo el alcance de una orden merced á la cual desapareció del pecho de los voluntarios carlistas el escapulario del Sagrado Corazon de Jesus; y fracasó la guerra.

Medítenlo los que acaso de buena fe siguen hoy á D. Carlos; analicen uno por uno los actos del neo-carlismo, desde los bailes de su Amo á los más insignificantes detalles del periodismo *leal*, y vean de obrar en conciencia, como católicos y como españoles.

Nosotros gritamos hoy con más fuerzas que ayer:

¡Nada con el liberalismo, ya sea revolucionario, ya sea carlista!

¡Viva el reinado social de Jesueristo!

¡Viva la Unidad Católica con todas sus consecuencias!

¡Que el Sagrado Corazon de Jesus reine de hecho en España y en todo el mundo!

## LA CUESTION

### V.

#### SUS TÉRMINOS VERDADEROS

(CONTINUACION)

Y cuando tuvo eso por averiguado y seguro, creyó D. Carlos que ya era hora de desgarrar con sus propias manos la antigua y enarbolada fracamente y por sí mismo la nueva bandera. Con habilidad que no se puede negar, pensó que para asegurar mejor el éxito convendría valerse de un nombre que inspirase confianza, y aún entusiasmo, á la parte más numerosa é inteligente del partido, y que al propio tiempo tuviese flexibilidad y blandura necesarias para torcerse y acomodarse á todo; y con admirable perspicacia y buen tino, que también deben reconocersele, descubrió que el hombre que necesitaba era el Sr. Llauder.

Se publicó el *Pensamiento del Duque de Madrid*. Pronto hará un año. El día de San José llegó á mis manos. Al desdoblarlo temí nuevas y mayores confusiones: creía al Sr. Llauder más astuto y diplomático. Cuando lo he leído, confieso que ningun sacrificio hice en callar: me pareció que, ó ya no existía el espíritu tradicionalista, ó ninguna refutación sería tan elocuente como el mismo *Pensamiento* y los alborozos que habia de causar en *La Union Católica* y *La Fe*. Ni aún me costó gran trabajo sufrir, y hasta reír, porque valía por cien argumentos míos, la insolencia de *La Fe*, que triunfante, regocijada y magnánima se dignó ofrecerme un *Ramo de Oliva*, donde ponía de vuelta y media á los íntegros, me ofrecía su perdon generoso y su proteccion soberana, y me daba muy buenos consejos para que no me rebelase y me perdiese.

El golpe fué tan rudo que sólo *La Fe* y *La Union* lo celebraron, y la prensa liberal toda entera haciéndoles coro. Aun los periódicos carlistas que luego mostraron estar decididos á ir adonde quiera que los lleve D. Carlos, aparecieron unos días como espantados, perplejos y confusos, viendo de persuadirse y persuadirnos que aquello no era, no podía ser, un cambio en la doctrina, sino íntegro y puro, porque si no ¡adios patria! ¡adios rey! ¡adios esperanza! Los periódicos buenos inclinaron la frente al peso de la tristeza, y callaron: Si alguno hizo observaciones incontestables fué con tanta razon, tal arte, y tanta reverencia que nada se le pudo reprender. El efecto fué tan pavoroso, que el mismo D. Carlos ó sea el Sr. Llauder *Desde Venecia*, se puso á recoger velas y desdecirse á toda priesa.

Todo quedó luego silencioso y tranquilo, y tampoco aquí parece la rebelion.

Y cuenta que no lo digo en son de alabanza nuestra; porque si no ántes, á lo ménos entónces debió resonar enérgica y formidable la protesta en todos los ámbitos de España.

A poco una escritora, liberal segun D. Carlos, la Sra. Pardo Bazan, recién llegada de Venecia y valiéndose del periódico *La Fe*, repitió en sustancia los mismos errores que el Sr. Pidal y Mon acababa de sustentar en el Ateneo de Madrid, blasfemadero público al decir del Sr. Menéndez Pelayo en un discurso acerca del *Ultramontanismo*.

Y no fui yo, fué la comunión tradicionalista quien protestó contra aquellos errores; y contra los agravios que allí se hacían á D. Carlos V porque los persiguió de muerte; y contra las alabanzas que de su agosto nieto se hacían allí por verle inclinado á esos errores, conciliaciones y transacciones; y contra los elogios y los entusiasmos con que *La Fe* publicaba tamaños errores, y semejantes agravios, y tales alabanzas.

¿Por qué, ni cómo, ni con qué derecho, había yo de oponerme á una protesta contra los errores de una escritora liberal? ¿Por qué habia yo de impedir que los elementos más sanos de España, y ojalá hubiera sido España entera, se levantase in-

dignada á rechazar errores que también á mí me parecían, y eran evidentemente abominables? ¿Con qué autoridad, ni con qué derecho, podía querer D. Carlos que condenase yo por facciosa una protesta entre cuyos iniciadores figuraba el señor **Marques de Valde-Espina**, poco ántes primer delegado, y á la sazón intermediario universal de don Carlos con España?

Imposible parece, pero es lo cierto, que enojó terriblemente á D. Carlos que la comunión tradicionalista protestase indignada contra aquellos errores, franca y desvergonzadamente liberales y mestizos, y no los quisiese consentir, y se opusiera á que se propagasen y recomendasen con entusiasmo político y como fruto de plausible patriotismo dentro del partido carlista. Más inverosímil parece aún, pero lo cierto es que D. Carlos no trató de disimular su enojo, ántes lo manifestó en seguida, sin ningun disimulo, con franqueza y sinceridad en cierto modo laudables. Y más inverosímil, y más imposible que todo, parece, pero también es verdad, que ni aún con eso acabaron todos de abrir los ojos y ver que D. Carlos no estaba á la cabeza de la España tradicional para protegerla contra esos errores y guiarla á pelear contra sus partidarios, sino más bien para amordazarnos, sujetarnos é impedirnos defender de ellos este último baluarte de la antigua fe, de las creencias seculares, de las católicas tradiciones españolas.

Y D. Carlos no se enfadó con el Sr. **Marques de Valde-Espina**, sino conmigo; y á 19 de Mayo me notificó su secretario que «si persistia ocho días »más en hacer escarnio de las órdenes del R....» (se referiría, supongo yo, á la orden de no discutir con carlistas como la Sra. Pardo Bazan) «el Señor» «haría algo que me relegase al panteon de los Cabrera, ó de los Suarez Bravo.»

No me hablaba del panteon donde relegó á los hombres de *La Fe*, junto al de Suarez Bravo, porque esos resucitaron sin necesidad de arrepentirse, ni hacer penitencia, y á mí me queria muerto, y no resucitado.

«¡Algo que me relegase al panteon de los Cabrera, ó de los Suarez Bravo!»

El Sr. Melgar indudablemente no se acordó al escribir eso de que el emperador Carlos V, con ser quien era, tenia poder para hacer ricos hombres, títulos y hasta secretarios; pero no podía hacer, por ejemplo, un Ticiano. El Sr. Melgar no cayó en la cuenta de que, en sentido inverso, D. Carlos puede haberle hecho á él chambelan, ó camarlengo (que es lo mismo), conde, ó marques (no estoy seguro), hasta mestizo y *feista* de resultados, y haberle convertido, además, con predileccion, que más parece saña vengativa, en instrumento ciego, verdugo y azote de sus antiguas y más arraigadas convicciones, de sus antiguos y más queridos amigos y compañeros. Pero, gracias á Dios, sin el concurso de nuestra propia voluntad, y mientras no nos falte el auxilio divino, D. Carlos no puede hacernos á los demas liberales como los citados, ni tráfugas y renegados, ayer íntegros, hoy mestizos, mañana... ¡lo que mande el amo!

¡Ah, Sr. Melgar, Sr. Melgar, si pudiésemos vernos los corazones! Cuando escribe V. al dictado condenaciones é impropiedades contra nosotros, á sabiendas de la horrenda injusticia de que es usted ejecutor, porque el entendimiento no lo ha perdido usted todavía; ¡con cuánta envidia piensa V. en la tranquilidad de conciencia con que nosotros recibimos las cartas y sentencias que V. escribe avergonzado y lleno de remordimientos! ¡Qué bien comprende V., con cuánta amargura sabe y siente su corazon de V., como torcedor que le oprime y le abrasa, la compasion que sus antiguos amigos le tenemos! A mí no me lo ha de confesar V., pero en lo íntimo de su alma brotará con ímpetu y le hará á V. daño la respuesta: ¿no es verdad que recuerda V. con profunda tristeza, que anubla y amarga sus presentes alegrías, la hermosa libertad, la paz del alma con que vivía V. cuando conmigo escribía los primeros números de *El Siglo Futuro*, y luego cuando trabajaba usted tranquilo y satisfecho con otro amigo de los dos queridísimo, en la

*rue des Petits Pères?* ¿No es verdad que echa usted de ménos la fe, el entusiasmo, el ardimiento con que entonces me instaba V. á la batalla, me increpaba V. porque no me daba más priesa á acometer, ó no era bastante duro al resistir, á los peores enemigos de nuestra causa, como llamaba V. entonces á sus más íntimos y favorecidos amigos de ahora?

Cuando junto cartas con cartas, y comparo tiempos con tiempos, y me acuerdo del Melgar de entonces, y veo al Melgar de ahora, me da usted mucha lástima, Melgar.

Y me distraigo, á lo que parece, y pierdo el hilo del discurso que es preciso reanudar.

«Si persiste V. ocho dias más en hacer escarnio de las órdenes del R...» me decía el Sr. Melgar, «el Señor hará algo que le relegará á V. al panteon de los Cabrera, ó de los Suarez Bravo.»

Pero hubiera relegado conmigo á sacerdotes insignes, ilustres generales, grandes escritores, catorce mil tradicionalistas decididos y bien probados que habian protestado ya (y más de la mitad figuraban en *El Siglo*), sin imaginar que defenderse de los embates liberales era infringir las órdenes que prohibian discutir con los carlistas. Y D. Carlos se hubiera quedado con los amigos de la Sra. Pardo Bazan y con el Sr. Pidal y Mon que sustentaba al mismo tiempo en el Ateneo los mismos errores que la Sra. Pardo Bazan en *La Fe*.

Sin embargo, no á los ocho dias que se me daban de término, en el acto de recibir el apercibimiento hice público el desagrado de D. Carlos y suspendí la publicacion de las protestas.

¡Obediencia inútil! D. Carlos no pudo dominar la impaciencia, y á los cinco dias de haberme concedido un término de ocho, cuando en rigor empezaba á correr porque yo tardé cinco fechas en recibir la notificacion, el 24 de Mayo, dictó al mismo señor Melgar, ministro de sus iras, la desautorizacion que con tanto regocijo publicó *El Correo Catalan* cuando ya hacía dias que *El Siglo Futuro* habia obedecido.

Hay, sin embargo, quien asegura que D. Carlos no me trató con reposo y serenidad de juez, sino con amor paternal.

Y no desobedecí, ni me insubordiné, ni siquiera me quejé. Al contrario, como si aún pudiera esperar de D. Carlos imparcialidad y justicia, con toda reverencia le representé la gravedad de las cosas que pasaban, no pidiéndole nada para mí, excitándole más bien á condenar, como quisiera, mi conducta si eso satisficiera su amor propio; pero pidiéndole, en suma, que tuviese compasion de España, de su causa y de sí mismo.

¿Necesito recordar en qué términos me contestó? No quiso que á nadie quedase duda. Quiso más bien que sus ideas resplandeciesen en su lenguaje, y olvidando el de rey cristiano me habló como César; pero como César que acostumbra á considerar á sus súbditos como parias ó ilotas.

(Se concluirá.)

RAMON NOCEDAL.

## DISPAROS

Por nuestro queridísimo compañero y hermano mayor *El Siglo Futuro* hemos podido enterarnos de lo que se le ocurre decir de EL CENTINELA al periódico *La Union*.

El diario mestizo, despues de copiar unos párrafos de la última Pastoral de nuestro venerable Prelado, dice lo siguiente:

«Esto alude sin duda ninguna á EL CENTINELA, diario integrista de Palma, que no ha cumplido con las amonestaciones de su Prelado respecto de la paz que debe reinar entre los periódicos católicos.»

Se necesita ser todo un pastelero para soltar lo que acaban de ver nuestros lectores.

EL CENTINELA cree haber cumplido con las amonestaciones de su Prelado.

Quien no ha cumplido con las amonestaciones de su Prelado, ni con las disposiciones de la Iglesia, es el periódico *unionista* mallorquin *Las Instituciones*.

*Las Instituciones*, á pesar de las condenaciones de la Iglesia contra todo liberalismo, apoya y defiende al gobierno del Sr. Cánovas, durante el cual se estableció la tolerancia religiosa, se vieron perseguidos los piadosos católicos que iban á las romerías, fueron insultados varios Prelados españoles, se dejó correr la prensa impía, se propagaron discursos heréticos, y se aprobaron los reglamentos de asociaciones masónicas.

*Las Instituciones*, periódico que se dice católico, acogió en sus columnas una grosera calumnia contra el Sr. Nocedal, sin que hasta ahora la haya reparado.

*Las Instituciones*, despues de dar en folleto la última Pastoral de nuestro venerable Prelado sobre los deberes de la prensa católica, ha insultado á nuestro queridísimo colega *El Ancora*, único «Diario católico popular de las Baleares», diciendo de él que «hace lo posible para no ser tenido por católico».

Esto, y mucho más, ha hecho el aprovechado discípulo de *La Union Católica*.

Y esto, á nuestro entender, sobre no cumplir con las amonestaciones del Prelado, es pisotear impunemente las enseñanzas de la Iglesia, que *Las Instituciones* prometió *acatar incondicionalmente*.

¿No le parece lo mismo á *La Union*?

¿O es que *Las Instituciones*, como sus cofrades en mesticismo, ha de tener carta blanca para todo?

Estamos íntimamente persuadidos, por experiencia propia y ajena, de que es ocioso discutir en serio con periódicos católico-liberales; porque, ó se callan como muertos, ó, al verse estrechados entre la espada y la pared, escapan por la tangente y se van por los cerros de Ubeda. No extrañarán, por consiguiente, los lectores de EL CENTINELA, ántes por el contrario encontrarán cosa muy natural que, tratándose de tales periódicos, nos limitemos á sacar á la vergüenza pública sus trapos sucios, sus ataques más ó menos francos ó encubiertos contra las enseñanzas de la Iglesia, sus errores, falsedades, contradicciones, ardidés y sofismas, y que, dejándonos llevar de nuestro característico buen humor, no nos valgamos contra ellos de otras armas que las de la sátira y el ridículo.

Leemos:

«Cuenta un periódico de Vitoria que á eso de las diez y cuarto de la noche del martes algun transeunte y el sereno del distrito oyeron descompasadas voces de: 'Favor, favor, ladrones, ladrones!' que partian de las habitaciones altas del café Universal de aquella poblacion.

»Alarmados, corrieron al lugar del suceso, y... la pavorosa causa era que en el Casino carlista, donde se ha construido un escenario para representaciones morales, ensayaban una comedia que se pondrá en escena por Pascuas.»

El día del ensayo era el Mártes Santo.

Y el Casino era uno de los recientemente fundados en virtud de las órdenes de don Carlos de Borbon.

¿Cómo se va clareando la cosa!

¡Y cómo va á quedar D. Carlos con la eonducta de los que se llaman sus servidores!

Un círculo que se llama católico, de la clase de *leales*, celebró hace poco una velada bajo la presidencia de todo un señor Teniente de Alcalde.

Lo cual nada tiene de particular.

Y dicho señor Teniente de Alcalde, en union de un carlista *leal*, votó una subvencion de cierta cuantía para la escuela laica de la villa donde ambos ejercen sus cargos, con la circunstancia agravante de que sin el referido socorro la escuela iba á sucumbir.

Y esto, bien mirado, nada tiene tampoco de particular.

«Quiero que el partido carlista sea una esperanza, no un temor», dijo D. Carlos, y desde aquella fecha el partido carlista se puso en movimiento con el fin de atraer á los liberales de cualquier color.

Así es que baila D. Carlos, baila Cerralbo, bailan, ó asisten al menos á bailes de máscaras y alternan hasta con zorrillistas, directores ó redactores de periódicos *leales*, y el neo-carlismo salta, brinca y hace piruetas para agrandar á los de la nueva España.

La *atraccion leal*, convertida en farol de gran potencia, es guía y norma del partido carlista, y de ahí que nada de particular tenga que dos carlistas voten una subvencion para una escuela sin Dios.

Dentro del carlismo caben ya todos y todo.

Menos nosotros, se entiende.

Que malditas las ganas que tenemos de volver á entrar en él.

Ya pareció aquello.

Ya sabemos, por fin, cuál es la Unidad Católica que desean ver restablecida los promovedores del *Centenario* carlista.

Es nada menos que la de *hace muy pocos años*.

Más claro, para que todos lo entiendan: es la de la Constitucion de 1845, repugnada y resistida por el Papa Gregorio XVI.

Y, si tal es la Unidad Católica que desean para España los carlistas, ¿habrá todavía sacerdotes que quieran servir de lastre á una manifestacion católico-liberal?

*La Union Católica* salió irritada contra *El Siglo Futuro* porque éste, segun ella afirma, llamaba *imprudentes* y *rebeldes* á San Hermenegildo y San Leandro.

¿Si habrá hecho *La Union* juramento de no escribir jamas una verdad!

Lo que dijo *El Siglo Futuro* fué que «los prudentes de entónces llamaron imprudente á Hermenegildo, imprudente á Leandro;» que «los leales de entónces los persiguieron como á rebeldes.»

¡Frescura se necesita para mentir y calumniar como lo hace *La Union*!

¡Pero está ya tan acostumbrada!

Y la costumbre es una segunda naturaleza!

Dice *El Pensamiento Galaico*: «periodistas católicos, somos paladines de la verdad, y sabemos que no es lícito mentir.»

En el mismo artículo en que esto escribe,